

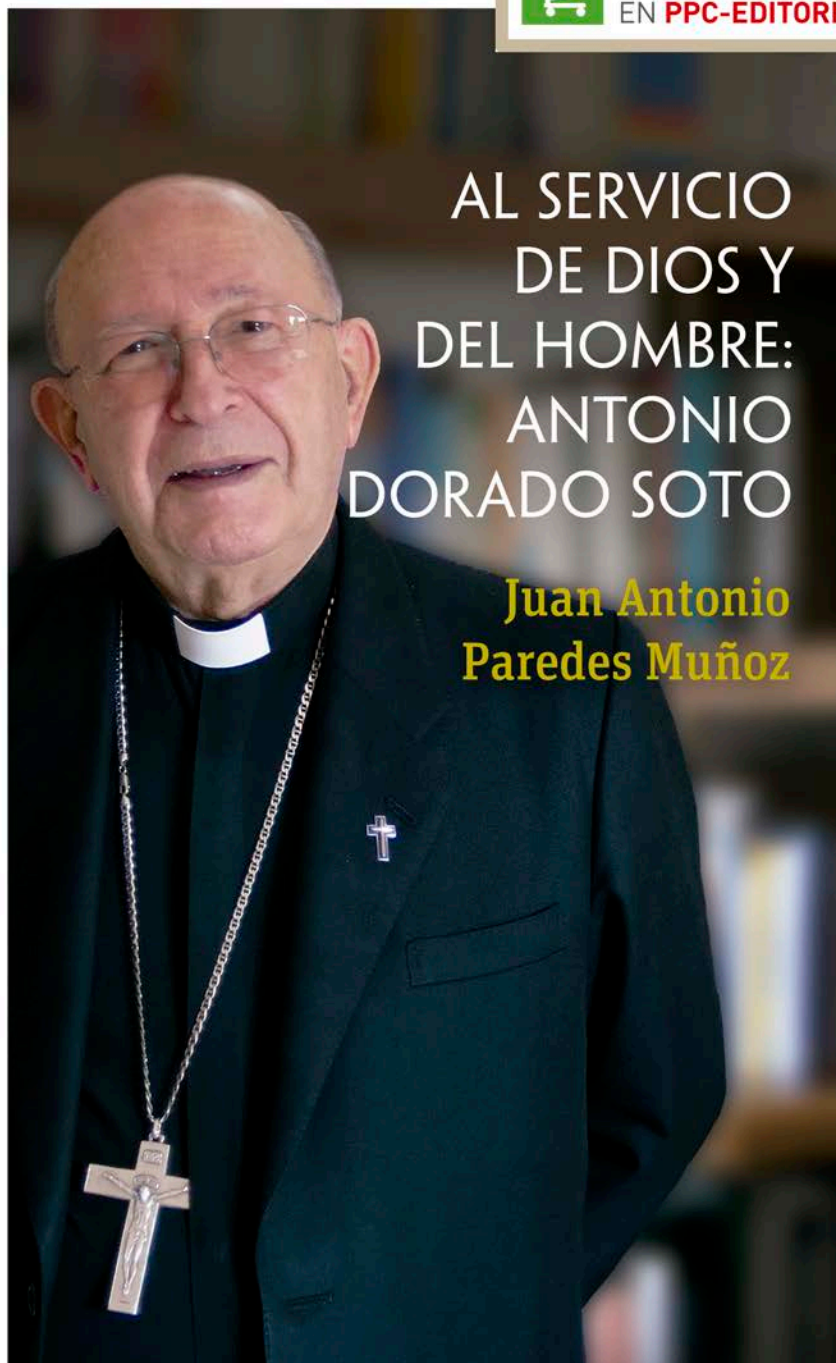


COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

ACTUALIDAD

AL SERVICIO DE DIOS Y DEL HOMBRE: ANTONIO DORADO SOTO

**Juan Antonio
Paredes Muñoz**



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2019, Juan Antonio Paredes Muñoz
© 2019, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3351-6
Depósito legal: M 3562-2019
Impreso en la UE / Printed in EU

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Agradezco la ayuda prestada por María Ángeles Dorado Soto, hermana de don Antonio, por haberme facilitado cartas y otros documentos originales; a los periodistas Antonio Moreno, Ana Medina y Encarni Llamas por haberme facilitado el acceso a todos los escritos de don Antonio durante su etapa en Málaga; a Alfonso Crespo por haberse tomado la molestia de leer el manuscrito, redactar el prólogo y ponerse en contacto con la editorial, y a Ángel Márquez y Alfonso Carlos García Molina por haber corregido todo el manuscrito.

ACLARACIÓN PRELIMINAR

Como comprobará enseguida el lector, no he intentado escribir una biografía del obispo don Antonio Dorado Soto. Ni lo he intentado ni sabría hacerlo.

Tampoco he pretendido cantar las glorias de don Antonio. Me resultan poco atractivos esos escritos (unos en forma de biografía; otros, de historia, y algunos, de autobiografía) en los que se pretende glorificar al protagonista como si todo lo que se ha hecho en una diócesis o en un sector de la misma, o en un espacio de tiempo, fuera obra suya. Me vienen a la memoria algunos ejemplos. Don Antonio fue una persona muy trabajadora, un buen obispo, pero dentro de la normalidad.

Solo he intentado trazar un perfil, ciertamente elemental y sencillo, del estilo pastoral de don Antonio y de su magisterio, porque considero que los rasgos fundamentales de los mismos siguen siendo válidos y provechosos para el posible lector.

Él conocía sus limitaciones y sus cualidades, y tuvo la humildad de elegir a personas valiosas como sus colaboradoras más cercanas. En especial, a sus vicarios generales, a sus vicarios de pastoral y a los que ocuparon el puesto de canceller-secretario en las diócesis de Guadix, Cádiz y Ceuta, y Málaga. Pienso –por citar solo algunos– en Leovigildo Gómez Amezcua, en Guadix-Baza; en los de Cádiz, don Félix González y don Ignacio Egurza, y, de Málaga, en don Francisco Parrilla y don Alfonso Crespo, ambos nombrados por su antecesor en esta diócesis, el administrador apostólico don Fernando Sebastián.

Además de una aguda inteligencia, una curiosidad insaciable, una fe firme en la acción del Espíritu Santo, tanto en la Iglesia actual como en la de siempre, y un gran sentido común, don Antonio tenía un estilo evangélico de ser obispo en la estela del Concilio: estar en medio de su pueblo como el que sirve, tratar a los sacerdotes como «hijos y amigos», «consagrar un cuidado peculiar a los pobres», predicar y presentar el Evangelio de siempre «acomodado a las necesidades de los tiempos», ser hombre de diálogo y de comunión y guiarse por la mansedumbre y la humildad. Por supuesto, también tenía sus defectos, pero era consciente de ellos, y esto le facilitaba el trato con todos, especialmente con sus colaboradores más cercanos.

Esta forma de ejercer el ministerio episcopal no pasó inadvertida a sus compañeros obispos, que le votaron en tres ocasiones para participar en el Sínodo de obispos y le eligieron para que presidiera tres Comisiones muy importantes de la Conferencia Episcopal: Apostolado Seglar, Enseñanza y Clero. En todas dejó una profunda huella por los documentos que promovió y que se publicaron durante su presidencia.

La llegada a España del nuncio Mario Tagliaferri y la presencia del cardenal Suquía en la Sagrada Congregación para los Obispos, y años más tarde la del cardenal Rouco, implicó un intento de cambiar la orientación y el ritmo de la Iglesia en España. Lo hicieron mediante el nombramiento de los nuevos obispos, de un estilo más conservador.

Hombres como don Gabino Díaz Merchán, don Elías Yanes y don Antonio Dorado, por citar solo tres de los elegidos por el papa Pablo VI, muy valorados en la Conferencia Episcopal, quedaron marginados desde Roma para dar paso a otros muy diferentes, que no solían ser elegidos para cargos de relieve en el seno de la Conferencia Episcopal Española. A

mi entender, fue un error que tuvimos que sufrir toda la Iglesia. Y llama la atención que la mayoría de cardenales, arzobispos y obispos nombrados en aquellos años, antes de la llegada del papa Francisco, no hayan tenido un papel de relieve en las tareas apostólicas de España.

Desde aquí deseo rendir un homenaje a los arzobispos y obispos que fueron orillados y que supieron aceptarlo con humildad y amor profundo a la Iglesia, como es el caso de don Antonio Dorado Soto.

PRÓLOGO

HABLARNOS DE DIOS Y HABLAR DE NOSOTROS A DIOS

En la primera carta de don Antonio Dorado dirigida a sus nuevos diocesanos, antes de tomar posesión de la sede de Málaga, expresaba un pensamiento en forma de petición que fijé en mi memoria y que siempre me ha acompañado: «Ayudadme a hablaros a vosotros de Dios y a hablar a Dios de vosotros».

Este deseo, convertido en oración, podría definir el lema episcopal de don Antonio. Él ha sido un obispo que «nos ha hablado de Dios»: lo ha hecho desde un magisterio cercano y profundo. Sus cartas pastorales se revestían del encanto de un lenguaje sencillo que envolvía los conceptos más profundos. Nos ha hablado de las grandes verdades de nuestra fe con la cercanía del catequista. ¡Qué hermosas fueron sus cartas pastorales con motivo de la preparación y celebración del Gran Jubileo del año 2000! Son unas catequesis cargadas de doctrina y de sugerencias pastorales sobre el misterio central de nuestra fe: la Santísima Trinidad. Su magisterio se nos hacía cercano cada semana a través de la revista *Diócesis*. Su reflexión en el semanario diocesano era un pulso de la actualidad y un foco iluminador para el día a día pastoral de muchos de nosotros. Su sabiduría, que emanaba de su experiencia, se derramaba con tinta cargada de humanidad.

El magisterio de don Antonio brotaba de la calidad de un pastor bien equipado de una teología cargada de la frescura y novedad del Concilio Vaticano II y de una experiencia pas-

toral rodada a pie de calle. Él supo compaginar horas nocturnas de estudio –era un lector empedernido– con días entregados a la acción pastoral: encuentros personales, visitas pastorales, horas de reflexión compartida en los diversos consejos que le asesoraban. En todas sus actividades, don Antonio nos ha hablado de Dios con gestos y palabras.

Y también «ha hablado a Dios de nosotros»: era un gran orante; en su agenda tenían prioridad los ejercicios espirituales, los retiros, los encuentros de oración. En cada reunión que presidía, la oración inicial fluía con facilidad. Una oración de hondo sabor agustiniano y especialmente querida para él que introducía muchos de los consejos y reuniones con sus colaboradores estaba recogida de la oración de Laudés de la primera semana de la Liturgia de las Horas: «Señor, que tu gracia inspire, sostenga y acompañe nuestras obras, que todo nuestro trabajo comience en ti, como en su fuente, y tienda siempre a ti, como a su fin». Este era el itinerario vital de sus intensas jornadas, que se abrían con el alba y se cerraban, a veces, sobre la mesa del despacho, a altas horas de la madrugada.

La estampa más familiar de don Antonio era la de un pastor rodeado de su rebaño. Su magisterio comenzaba, en cualquier visita pastoral, con un largo tiempo dedicado a saludar: a su llegada con una sonrisa y en su despedida reteniendo las manos de quien le hablaba, y a veces concertando ya otra posible conversación. Era un gran conversador, un pastor que hablaba con sus ovejas, porque conocía a la mayoría por su nombre. La caridad pastoral que anima la vida ministerial de cualquier presbítero, en don Antonio se hacía cercanía y escucha, fraguando en diálogo paternal que transmitía vida teologal: animaba la fe de los débiles, alentaba la esperanza de los que desfallecían, hacía viva y luminosa la caridad fraterna, facilitando la mejor convivencia.

En las diócesis en las que estuvo de obispo, don Antonio supo construir una cálida fraternidad presbiteral y presidir una gran familia. En la Conferencia Episcopal, en la que siempre tuvo cargos de responsabilidad, fue siempre un «hombre puente» que supo potenciar lo que unía y limar lo que separaba con la suavidad y fortaleza de la verdad. Su trabajo al frente de la Comisión del Clero marcó una de las etapas recientes más ricas de servicio a los presbíteros.

Ha sido un obispo querido, un pastor entrañable, cercano y con un humor finísimo, con una aguda inteligencia y una teología conciliar muy bien estructurada. Trabajador incansable, el nombre «Jesucristo» estaba de continuo en sus labios y fluía de un corazón enamorado del Señor. A veces me lo imaginaba como un colaborador más de san Pablo en sus tareas evangelizadoras. La suerte de haber sido estrecho colaborador suyo, secretario y vicario general, me deja una hermosa herencia: un espejo en el que reflejar mi sacerdocio.

El libro que nos regala Juan Antonio Paredes, discípulo, amigo e íntimo colaborador de don Antonio, es un deber de gratitud, en el que muchos nos sentimos reflejados. Es un testimonio sobre un pastor bueno, «con olor a oveja», un padre para muchos, un maestro en la fe para múltiples comunidades, un hombre profundamente humilde y sabio, un obispo de alegre esperanza que pasó haciendo el bien «al servicio de Dios y los hombres».

Don Antonio Dorado dialoga ya con Dios cara a cara. Seguro que con sus manos en las manos del Padre, las retiene y habla con él de cada uno de nosotros.

ALFONSO CRESPO HIDALGO

UN HOMBRE DE DIOS FIEL AL VATICANO II

El día 17 de marzo del año 2015, poco antes de las once de la mañana, fallecía, en la clínica Gálvez de Málaga, el obispo emérito don Antonio Dorado Soto. Yo me encontraba en la sala contigua a la UCI, acompañando a uno de sus sobrinos. Su hermana María Ángeles y otros sobrinos, después de haber estado con él durante toda la noche, acababan de salir a tomar un café. Al asomarse el médico con el rostro muy serio me temí lo peor. «Acaba de fallecer», nos dijo. Entramos donde estaba y yo le pasé mi brazo por los hombros. Permanecía medio sentado en una butaca, con la cabeza caída. Su sobrino empezó a llamar con el móvil a la hermana y al resto de la familia. El primero que llegó, a los tres minutos, fue el alcalde de Málaga, don Francisco de la Torre, a quien seguramente avisaron desde la clínica. Yo me sentía paralizado, con el brazo sobre sus hombros, y comencé a rezar el rosario. Su sobrino, tras comunicar con la hermana, dejó el móvil para acompañarme. También el señor alcalde se unió al rezo.

Así, de una mera sencilla y sin sufrimientos aparentes, se nos fue un hombre de Dios, un gran hombre que dejó una huella notable en la Iglesia española. Él se había dado cuenta de que se acercaba su fin, pero mantenía su serenidad y su sonrisa. Unas horas antes había dicho a su hermana: «Hermanita, no te preocupes, verás que todo pasa». Y horas después comentó a Mercedes Campos, la fiel cocinera que tanto le quería y a la que siempre trató como a una hermana más,

y que le acompañaba en la UCI: «¡Qué duro es morir, Mercedes! Pero no te preocupes».

Yo no pensaba que la situación fuera tan delicada, e incluso me había permitido bromear con él sobre su atragantamiento. Él había seguido la broma con su habitual buen humor. Pero al final del día empeoró y, cuando llegó a la conclusión de que se acercaba su hora, se refugió en un hondo silencio interior. Como buen alumno de los jesuitas, no le agradaba manifestar sus sentimientos. Estaba preparado, esperando al Señor. El accidente que se lo llevó a la tumba en pocos días le llegó mientras estaba haciendo ejercicios espirituales, como solía hacer cada año. Y era muy estricto en su práctica sacramental. Recién llegado a Málaga, le tuvieron que operar de urgencia en la misma clínica, al haber perdido mucha sangre por causa de una úlcera. Vio que la cosa era grave, y me dijo: «Por favor, que salgan todos. Confiérame y que después Marcelino me dé la unción de enfermos». Así lo hicimos. Ahora, aunque también se daba cuenta de su gravedad, permanecía tranquilo, porque se sentía en manos de Dios. Sencillamente rezaba y confiaba.

Mientras contemplaba su cabeza inclinada y su cuerpo ya sin vida, recordé la última ocasión en la que habíamos charlado animadamente. Hacía unos quince días le invité a comer en El Palo. Era un día luminoso y, a la orilla del mar, estuvimos hablando largo y tendido y sin tapujos sobre la manera ilusionada y expectante con la que los sacerdotes del arciprestazgo de Fuengirola-Torremolinos, al que yo pertenecía, acogíamos al papa Francisco, su magisterio directo y su talante renovador. También él parecía muy interesado e ilusionado ante la marcha de la Iglesia, pero el Señor se lo había llevado de improviso a disfrutar esta nueva etapa desde el cielo. Fue una conversación muy libre y esperanzada, que recuerdo con alegría.

ÍNDICE

ACLARACIÓN PRELIMINAR	7
PRÓLOGO. HABLARNOS DE DIOS Y HABLAR DE NOSOTROS A Dios, por Alfonso Crespo Hidalgo	11
1. UN HOMBRE DE DIOS FIEL AL VATICANO II	15
2. SU FORMA DE SERVIR A LA IGLESIA	35
3. EL DRAMA DE LOS OBISPOS DEL CAMBIO	53
4. LA FORMACIÓN DE LOS FUTUROS SACERDOTES	73
5. CON LOS SACERDOTES ANTE LA DIFICULTAD	93
6. LA CONFIGURACIÓN DEL SACERDOTE CON JESUCRISTO .	113
7. INTENTO DE RECOMPONER LA ACCIÓN CATÓLICA	137
8. EL COMPROMISO SOCIOPOLÍTICO DE LOS CRISTIANOS	157
9. EL MAGISTERIO DE MONS. DORADO SOTO	173
10. SALID A TODOS LOS CAMINOS A PROCLAMAR EL REINO .	193
11. ¡CUÁNTAS VECES, SIENDO NIÑO, TE RECÉ!	209